



Creced

en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor
y Salvador Jesucristo.

2 Pedro 3:18

02-2026

marzo — abril

- 02 — Cosas nuevas**
H. Graf
- 06 — Condiciones para la oración**
E. Dennett
- 10 — María, que se llamaba Magdalena**
Ph. Maillefaud
- 12 — A los padres**
El Señor está cerca
- 15 — El sermón del monte**
A. Remmers

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.
2 Timoteo 3:16-17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”.
Hechos 17:11

— Cosas nuevas —

(Viene del número 1-2026)

Las siguientes notas fueron preparadas con motivo de una conferencia en Felidia, Colombia, en abril de 2025.

2. La nueva criatura

(2 Corintios 5:14-21)

La primera y la nueva creación

Dios es el creador de la primera y de la **nueva creación**. En la primera creación los reinos están bajo el **dominio divino**. Su gobierno adopta formas diferentes según las épocas. En tiempos de David, Dios colocó en el trono de Israel a un hombre conforme a su corazón y lo dirigió directamente. Hoy, en los tiempos de los gentiles, Él dirige providencialmente a los gobernantes. Les marca el rumbo de antemano y les impone límites. En el glorioso reinado de Cristo en el futuro milenio, Dios terminará con su primera creación.

La nueva creación surge de la perfección de la naturaleza divina. Entonces desaparecen todo dominio, autoridad y poder (1 Corintios 15:24). Todo descansa de acuerdo con Su naturaleza divina, como Dios de luz y amor, de modo que la justicia mora en la nueva creación (2 Pedro 3:13).

La primera creación

La primera creación abarca los cielos y la tierra que Dios había creado al principio. Todo lo hizo Dios y pudo decir: “He aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Pero dos acontecimientos afectaron al mundo creado:

— Satanás, un ángel caído, que fue príncipe entre los ángeles (Ezequiel 28:13-16), dañó la esfera de los lugares celestiales, desconocidos e invisibles para nosotros, contaminados por la presencia de “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12).

— El primer hombre, Adán, cayó en pecado. Por su transgresión, toda la creación ha entrado en un estado de naturaleza pecaminosa y percedera; los animales, las plantas, toda la materia, están alejados de Dios y **sometidos a la esclavitud de corrupción** (Romanos 8:19-22).

Hoy, al contemplar el universo y la naturaleza que nos rodea vemos la divinidad y la gloria del Creador, por un lado, y la maldición del pecado por otro.

1. Cristo, redentor de la primera creación

Jesucristo hizo “la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). Al hacerlo, creó las condiciones para que las cosas que están en la tierra y las que están en los cielos **se reconciliaran con Dios**. Ya se han

colocado las bases para ello, pero su cumplimiento está aún por llegar. En el reino de paz que vendrá, Dios liberará a la primera creación de la maldición del pecado y la llevará a la perfección. Por Juan 1:29 sabemos que Jesús, “el Cordero de Dios... **quita el pecado del mundo**” en virtud de su muerte sacrificial. Esto se realizará parcialmente —aunque no totalmente— durante el milenio, en la primera creación. La naturaleza volverá a estar en armonía con su Creador y consigo misma con excepción de **la serpiente**: “El polvo será el alimento de la serpiente” (Isaías 65:25). Esto indica que **la muerte no desaparecerá todavía** (v. 20).

2. Cristo, principio de la nueva creación

Sin embargo, el efecto de la muerte de Jesucristo bajo la forma del **holocausto** —tal como se nos presenta en el evangelio según Juan— va **más allá** de la primera creación. Es también la base de la nueva creación. Debido a que el Señor Jesús en su muerte **glorificó a Dios** infinitamente y para siempre, y **el Padre** desplegó toda su gloria para resucitarlo de entre los muertos (Romanos 6:4). **Así comenzó la nueva creación o el mundo de la resurrección**, pues Cristo, como primogénito de entre los muertos (Colosenses 1:18), es el principio de la nueva creación (Apocalipsis 3:14).

3. Los creyentes somos una nueva creación

Nosotros, que hemos creído en el tiempo de la gracia, **ya pertenecemos a la nueva creación** en el espíritu (2 Corintios 5:17). En este ámbito, no rigen las diferencias culturales, sociales, ni de género (Gálatas 3:28; 6:15). Como redimidos, todos tenemos **la misma posición en Cristo**. Todos tenemos los mismos privilegios cristianos a través del Espíritu Santo. Todos tenemos las mismas oportunidades de comunión con Dios Padre. A través **del lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo** (el nuevo nacimiento) hemos sido colocados en este **nuevo terreno** (Tito 3:5). Y como aquellos que han sido resucitados con Cristo, somos capaces de buscar las cosas de arriba, donde está Cristo (Colosenses 3:1).

4. Los creyentes siguen viviendo en la primera creación

De modo que ya somos “**primicias de sus criaturas**” (Santiago 1:18), es decir, somos los primeros en participar en la **nueva creación**, aunque todavía no plenamente. Porque nuestro cuerpo sigue perteneciendo a la **primera creación**. Por eso aún podemos enfermar y morir como redimidos (Romanos 8:23). Porque sabemos esto y vivimos en esta situación, esperamos al Señor Jesús que venga como Salvador. Él

transformará nuestros cuerpos en conformidad con su cuerpo de gloria. Entonces nuestro cuerpo también formará parte de la nueva creación (Filipenses 3:20-21).

Ahora seguimos viviendo en una tierra y en un mundo que pertenecen a la **primera creación**. Por eso estamos obligados a cumplir los principios que Dios dio para la primera creación. El **orden divino** y los **signos exteriores** del mismo se nos presentan principalmente en 1 Corintios 11:1-16. No discutimos este orden ni lo cuestionamos. Por la gracia de Dios, obedecemos estas sencillas instrucciones divinas y las aplicamos en la vida cotidiana. Esto nos permite dar testimonio de Dios en un mundo ateo y oscuro.

5. Lo viejo se ha ido, lo nuevo ha llegado

El mundo actual es malo. Desde la crucifixión del Señor Jesús, ha quedado claro que todos los esfuerzos humanos en la creación presente llevan el sello de la muerte. Así lo expresa el apóstol Pablo en 2 Corintios 5:14: “Habiendo juzgado esto: que uno murió por todos, luego todos murieron”. Dado que el **hombre natural** se encuentra en estado de muerte espiritual, todas sus actividades carecen de valor y son inútiles para Dios.

Por eso, las personas que han creído en Jesucristo y en su obra de salvación **no emplean** su tiempo y su

energía en mejorar la situación del mundo mediante actividades políticas, culturales o religiosas. Para ellos **lo antiguo ha pasado**. Viven y actúan en un ámbito **caracterizado por Cristo resucitado**, en el **ámbito de la nueva creación**. Su vida y su ministerio se identifican por su súplica a la gente: “**¡Reconciliaos con Dios!**” (2 Corintios 5:20).

6. El testimonio de la nueva creación

La Iglesia o Asamblea ha recibido el encargo de dar testimonio de su vocación celestial y de representar la nueva creación. Lamentablemente, la Iglesia, en su responsabilidad ante Dios, no ha cumplido esta tarea. En lugar de dar testimonio de un Cristo muerto y resucitado, se unió al mundo (Apocalipsis 2:8-13). Al final del testimonio cristiano, el Señor se presenta a sí mismo a la iglesia en Laodicea como el “**principio de la creación de Dios**” (3:14). Al hacerlo, le muestra que Él ocupa su lugar como verdadera representación de la nueva creación. Esto hace referencia a su reinado en el milenio. Esta época de bendición y paz es un anticipo del estado eterno en su orden moral (Hebreos 12:27). De esto se deduce que este tiempo futuro de bendición y paz no solo marcará la culminación de la primera creación, sino que **también señalará a la nueva creación en el estado eterno**.

7. El milenio

El Señor Jesús vendrá con gran poder y gloria y establecerá su **reino de paz**. Los cielos serán purificados y la tierra libertada de la maldición del pecado (Romanos 8:21; Apocalipsis 12:10). Gracias a su muerte sacrificial, **Cristo completará la primera creación**. Como resultado, el Dios Altísimo se revelará en su poder y sabiduría a todos los hombres en la perfección de la primera creación.

En ese tiempo bendito no habrá más engaños hacia el mal. Satanás, el adversario de Dios, será atado y arrojado al abismo (Apocalipsis 20:1-3). Por el poder del Señor, cualquier rebelión del hombre contra Dios será castigada inmediatamente (Salmo 101:6-8). Pero el buen ambiente externo no cambiará al hombre. Muchos se someterán al Señor solo con lisonjas para evitar el juicio inmediato.

Al final del milenio el hombre será **probado por última vez**. Satanás será liberado de su prisión. Habrá una confrontación de los impíos con los fieles, y una prueba final dividirá a los hombres. Muchos seguirán a Satanás y su fin será el juicio y el lago de fuego (Apocalipsis 20:7-15). Los demás, rodeados y acosados por los impíos, permanecerán fieles y **habitarán para siempre en la tierra nueva**.

8. El estado eterno

Cuando Dios complete la primera creación en el milenio, **la envolverá**

como en un vestido o como en una cubierta (Hebreos 1:10-12). Los cielos actuales pasarán, los elementos se disolverán en el fuego, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas. A través de esta disolución y transformación, según la promesa de Dios, llegarán a existir cielos nuevos y una tierra nueva (2 Pedro 3:10-13). Como resultado, **la nueva creación se desarrollará plenamente** y el estado eterno estará allí.

Tres hechos, en Apocalipsis 21:1-8, caracterizan el **estado eterno**:

— Dios mismo estará con el hombre. No se mostrará como el Altísimo ni como el Todopoderoso. Dios en su amor, que todo lo abarca, **morará** con ellos.

— Todos los hombres serán **pueblo de Dios**. Israel desaparecerá como nación separada. Las diferencias nacionales, sociales y de género ya no existirán entre las personas que habiten la tierra nueva.

— La Iglesia (Asamblea) conservará su **carácter especial** en el estado eterno. La Iglesia descenderá del cielo como **una novia** adornada para su esposo. Este amor fresco y profundo se despliega en los secretos del cielo, pero su reflejo se verá en la tierra nueva. Será también el **tabernáculo** donde Dios morará en medio del pueblo.

El que estaba sentado en el trono dijo: “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21:5).

(Continuará)

— Condiciones para la oración —

No es necesario insistir en la importancia de la oración; pues, aunque a menudo se descuide, son pocos los que no admiten que es una actividad necesaria en la vida cristiana. Nuestro propósito en este artículo es ofrecer algunas consideraciones sobre sus condiciones y objetos.

Las condiciones de la oración según Dios se encuentran en varios versículos. Judas habla en su epístola de orar **en el Espíritu Santo** (v. 20), y esta quizá pueda calificarse como la condición fundamental; pues si bien leemos en las Escrituras de oraciones ofrecidas por hombres naturales, y las mismas siendo respondidas por Dios en su tierna misericordia y compasión, no es menos cierto que ningún creyente podría orar aceptablemente sino en y por el Espíritu de Dios. Es él quien debe producir en nosotros el sentido de la necesidad, y es él quien debe conducirnos a la presencia de Dios, así como guiarnos en nuestras peticiones. Como dice el apóstol Pablo, al hablar de nuestra relación con una creación que gime: “De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26). Así

pues, dependemos tanto del poder del Espíritu para orar como para caminar.

Nuestro Señor ha establecido también una condición indispensable para la oración, un requisito que, cuando se cumple, asegura siempre la respuesta a nuestros clamores. Dice: “Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:13-14). Se convierte, por tanto, en una cuestión de la mayor importancia averiguar el significado de las palabras “**en mi nombre**”. No puede significar simplemente pronunciar ciertas expresiones, o cerrar nuestras peticiones con la frase «en el nombre de nuestro Señor Jesucristo».

Eso vincularía la respuesta de la oración a una mera fórmula. Esto es imposible, y veremos que implica mucho más. Incluso en las transacciones humanas no se puede utilizar el nombre de otra persona sin su consentimiento y autoridad. Si pedimos algo a un tercero en nombre de otro —alguien quien nos daría influencia en nuestra petición— solo puede ser con su permiso expreso, el cual debe probarse si se hace la demanda. Del mismo modo, no podemos utilizar el nombre de Cristo en nuestras oraciones sin su autorización, un permiso que debe encontrarse en su propia Palabra. Cuando tenemos esto —y lo tenemos en cada petición

que hacemos por el Espíritu Santo, en cada oración que es la expresión de Su propio pensamiento—, nos acercamos a Dios con toda la autoridad de Cristo mismo, en todo su valor y preciosidad para Dios, y por lo tanto las oraciones así ofrecidas ascienden con el mismo poder que si fueran presentadas por él mismo. Esto se desprende de la promesa que el Señor añade a la condición: “Yo lo haré”. Y lo hará, además, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¡Qué bendición entonces cuando oramos así! Y ¡qué estímulo es orar así! ¡Qué fundamento —podemos añadir también— sobre el cual la fe edifica sus esperanzas y expectativas!

En Juan 15, el Señor nos ha dado otra condición: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (v. 7). A veces se habla de esto como de una clase inferior de oración, pero el más ligero examen de los términos que emplea nuestro Señor disipará este concepto erróneo. Es cierto que es pedir lo que queremos, pero esto va precedido de dos condiciones. La primera es: **“Si permanecéis en mí”**. Ahora bien, permanecer en Cristo es el mantenimiento constante de nuestras almas en nuestra dependencia de él para la vida, la fuerza y todo; una dependencia tan completa como la del pámpano con la vid para poder de dar su fruto. “Separados de mí”, dice él, “nada podéis hacer”, como

tampoco el pámpano podía dar fruto después de haber sido cortado de la vid (v. 4-5). Cualquier expresión de vida hacia Dios, servicio de testimonio y dar fruto de todo tipo que brote de su pueblo, tiene su fuente en Él, y solo puede fluir a través de ellos, mientras se mantenga esa conexión, de permanecer en él, dándose cuenta de que dependen del Señor, y que en este sentido, en él viven, se mueven y son (Hechos 17:28). Luego añade: **“y mis palabras permanecen en vosotros”**. Las dos cosas deben ir juntas: permanecer en él y que sus palabras permanezcan en nosotros. La primera condición nos da el secreto del poder y la segunda el conocimiento de Su pensamiento; porque cuando sus palabras permanecen —moran— en nosotros, se convierten en la fuente de Sus pensamientos para nosotros; sí, forman Su mente, y como consecuencia, lo que queremos está de acuerdo con Su voluntad. Esto nos revela que nuestras oraciones —las oraciones que tienen poder con Dios— fluyen de la propia mente de Él como se revela en las Escrituras. Un ejemplo de esto puede encontrarse en la vida de David. Cuando Dios envió al profeta Natán para decirle a David que no él, sino su hijo, debía construir la casa de Dios, y le dio promesas relativas a su propia casa, su trono y su reino, él entró y se sentó ante Dios con el corazón rebosante de gratitud, alabanza y oración; y, entre otras, utilizó estas notables

palabras: “Tú, Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo, diciendo: Yo te edificaré casa. Por esto tu siervo ha hallado en su corazón valor para hacer delante de ti esta súplica” (2 Samuel 7:27). Es decir, la oración de David relativa a su casa estaba fundada y formada por las comunicaciones bondadosas que Dios se había complacido en hacerle. Así también nuestras oraciones más verdaderas son las que brotan de la Palabra de Dios, las palabras de Cristo, que según Juan, permanecen en nuestros corazones, entonces oramos en comunión con Dios, así como de acuerdo con el pensamiento divino, y por lo tanto necesariamente también en el Espíritu Santo.

En el evangelio de Mateo se presenta otro aspecto de la oración: “Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22; Marcos 11:24). También Santiago habla de **la necesidad de la fe al pedir**, y añade que el que duda no debe esperar recibir nada del Señor (Santiago 1:6-7). Ahora bien, la fe solo puede brotar de la confianza en Dios acerca de la cosa buscada, y esta confianza en Dios solo seguirá a la convicción de que lo que se pide está de acuerdo con su voluntad; y cabe añadir, la seguridad de que tenemos el pensamiento de Dios, solo puede ser producida por el Espíritu Santo, y en el Espíritu Santo, hablando en general, a través de la Palabra escrita. Una vez que tenemos esta seguridad,

aguardamos con la certeza la expectativa de la respuesta, según aquella palabra del apóstol Juan: “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5:14-15). Este pasaje es importante porque muestra que la fe encuentra su fundamento seguro, en el conocimiento de la voluntad de Dios, una voluntad que se nos revela en las Escrituras.

El apóstol Juan también nos advierte de un obstáculo común para la oración. Dice: “Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:21-22). **El juicio propio y la confesión**, si ha habido fracaso o pecado, son, por tanto, requisitos previos para la oración eficaz, tal como dice el salmista: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18). Esto se enlaza de nuevo con la afirmación de Santiago: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16). El hombre justo es, a nuestro juicio, aquel que lo es en forma práctica; aquel que, en el lenguaje de Juan, guarda los mandamientos de Dios. Pues andar en obediencia no solo es el

camino de la santidad, sino también la fuente, por medio del Espíritu Santo, de la inteligencia en el pensamiento de Dios y, por tanto, de la confianza en la oración. El ejemplo mismo de Elías al que aduce Santiago es una ilustración al respecto.

En la historia, Elías anuncia por una palabra de Dios que no habría lluvia sobre la tierra “en estos años” (1 Reyes 17:1); y de nuevo, después de ese periodo, que habría lluvia (18:1). Y ahora aprendemos de Santiago que tanto lo uno como lo otro fueron respuestas a sus oraciones (5:17-18).

Solo podemos referirnos brevemente a los objetos, o, quizás deberíamos decir mejor, a los temas de la oración. De Filipenses 4 aprendemos que podemos exponer ante Dios todo lo que agobia nuestro corazón: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (v. 6). No dice que Dios responderá a todas estas peticiones; aun así, en su amor y gracia, él quiere que nos liberemos de nuestras cargas, y se compromete a que su paz guarde nuestros “corazones y ... pensamientos en Cristo Jesús” (v. 7). Sí, quiere que, como nos exhorta Pedro, echemos toda nuestra ansiedad sobre él, sabiendo que él tiene cuidado de nosotros (1 Pedro 5:7). Estas peticiones están relacionadas con nuestras necesidades personales, pero fuera de ellas (y es nuestro privilegio elevarnos por encima de nosotros

mismos) podemos tener comunión con el corazón de Dios en sus pensamientos, objetivos y propósitos; en sus deseos para los creyentes y en las actividades de su gracia que fluyen hacia el mundo. Tomemos un ejemplo del profeta Isaías: “Por amor de Sión”, dice el profeta hablando en nombre de Dios, “no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha”; y más adelante leemos: “Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra” (Isaías 62:1, 6-7). Así, mientras Él se propone bendecir a Sión, quiere que los que recuerdan a Dios en la tierra, le rueguen por el cumplimiento de aquello en lo que ha puesto su corazón. Para orar inteligentemente, por lo tanto, se necesita estar familiarizado con su Palabra. Es en las epístolas de Pablo especialmente, donde encontramos cuáles son los deseos de Dios para los creyentes, en las oraciones inspiradas del apóstol así como en las exhortaciones dadas para su dirección. Además de estas, el apóstol pide a menudo oración por su propio ministerio; y en 1 Timoteo 2 nombra temas especiales para súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias. Esto bastará para mostrar al lector que es de la Palabra de

Dios de donde debemos aprender cuáles son los temas adecuados para la oración; y que si es conducido, con la energía del Espíritu Santo, a este bendito campo de servicio, podrá siempre rogar encarecidamente en sus oraciones (Colosenses 4:12) en comunión con el pensamiento y el corazón de Dios.

E. Dennett

— María, que se llamaba Magdalena —

En los evangelios, María Magdalena es un bello ejemplo de amor al Señor, un amor que responde a lo que él hizo por ella.

Se la menciona por primera vez en Lucas 8:2 entre las mujeres que seguían al Señor con los discípulos: “María, que se llamaba Magdalena”. La Palabra precisa entonces que había sido librada de siete demonios. Una plenitud de mal se había apoderado de esta mujer, sumiéndola en una terrible esclavitud. El Señor, en su gracia y por su poder, la había librado de tan pesado yugo. El profundo amor y apego que sentía por la persona del Señor demostraba que había valorado lo mucho que se le había perdonado.

Hasta el momento del rechazo y la condena final del Señor, no oímos más hablar de ella. Pero la encontramos junto a la cruz (Juan 19:25). A la hora de la crucifixión, con otras mujeres, lejos de mostrarse insensible a lo que sucedía, miró a distancia (Mateo 27:55-56; Marcos 15:40).

Estaba también junto con otras mujeres, cuando quitaron el cuerpo de Jesús de la cruz y lo pusieron en el sepulcro (Mateo 27:61; Marcos 15:47; Lucas 23:55). Después de regresar a casa, estas mujeres prepararon especias aromáticas y ungüentos (v. 56); María Magdalena estaba entre ellas (Marcos 16:1).

Fue una de las que acudieron a ver el sepulcro “pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana” (Mateo 28:1).

También estaba entre las mujeres que vinieron al sepulcro muy de mañana, trayendo las especias que habían preparado (Marcos 16:2; Lucas 24:1). Pero parece que María Magdalena fue la primera en llegar, pues solo de ella se dice que “fue de mañana, siendo aún oscuro” (Juan 20:1).

Se había comprobado que el sepulcro estaba vacío. Los dos discípulos, Pedro, maravillándose de lo que había sucedido (Lucas 24:12), y Juan, que vio y creyó (Juan 20:8), volvieron a los suyos. María, en cambio, se quedó sola junto al sepulcro vacío: no había comprendido que el Señor había resucitado; sin embargo, su

llanto mostraba su amor al que creía haber perdido.

El Señor honró a la que, con su comportamiento, le demostró tanto afecto. A ella se le apareció primeramente. Marcos 16:9 lo afirma expresamente y recuerda que había sido librada de siete demonios. Juan 20 nos dice cómo se le manifestó el Señor.

María estaba fuera llorando junto al sepulcro (v. 11). No le impresionó la visión de los dos ángeles, uno a la cabecera y otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto (v. 12). Ella vio a Jesús detrás de ella, pero no lo reconoció. Él le habló y le preguntó: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré” (v. 15). Entonces Jesús pronunció su nombre: “¡María!” Ella reconoció la voz de aquel que la llamaba así. Es la voz del Buen Pastor, de Aquel que conoce a cada una de sus ovejas por nombre. La oveja conoce esta voz. María no tuvo ninguna duda y, volviéndose, le respondió con santo respeto: “¡Maestro!”

A ella entonces el Señor encomendó este tan precioso mensaje: “Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (v. 17). Este mensaje revela las nuevas relaciones en las que la obra de la cruz coloca a los creyentes, la intimidad en la que son introducidos por pura gracia, y sus

pecados siendo completamente quitados. María sabía que sus muchos pecados habían sido perdonados. Entonces se enteró de que era introducida en esta relación de hija ante Dios su Padre, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. El Señor eligió a quien le había mostrado tal apego para ser portadora de este mensaje que colocaba a los creyentes en relaciones nuevas y hasta entonces desconocidas, relaciones en las que el amor infinito de Dios revelado en Jesucristo introduce a los redimidos de la era de la gracia.

María se acercó a los discípulos, les dijo que había visto al Señor y transmitió fielmente las nuevas de paz dadas por él para ellos. Su testimonio, junto con el de otros testigos de la resurrección, llevará a los discípulos a reunirse a la noche del primer día de la semana. El Señor podrá entonces venir y ponerse en medio, diciendo: “Paz a vosotros” y llenando sus corazones de gozo (v. 19).

Lucas presenta los hechos históricos de la venida de Jesús a la tierra siguiendo un orden moral. Al final del capítulo 7, justo antes de la primera mención de esta “María, que se llamaba Magdalena”, este evangelio pone ante nosotros a la pecadora que vino a los pies del Señor en casa de Simón el fariseo. Regó con sus lágrimas sus pies y, enjugándolos con sus cabellos, los ungió con el perfume que había traído en un frasco de alabastro. El Señor dijo de ella: “Sus muchos

pecados le son perdonados, porque amó mucho” (v. 47). El amor mostrado hacia el Señor por esta mujer era prueba de que era consciente de la inmensidad de sus pecados y del perdón que gozaba por parte del Señor. La Palabra no dice que se trate de María Magdalena, pero llama la atención que Lucas, que es el único que menciona lo sucedido en casa del fariseo, mencione a María inmediatamente después (8:2-3). Esto sugiere un vínculo moral entre esta escena en casa de Simón y el aprecio de María Magdalena por el Señor.

Lo que la Palabra nos dice de María Magdalena en los evangelios, ¿no corresponde con lo que el Señor enseñó a Simón a través del ejemplo de la pecadora que entró en su casa? ¿No es a cada uno de nosotros a quien se dirige el Señor cuando dice: “Una cosa tengo que decirte” (7:40)? Que respondamos: “Dí, Maestro” y recordemos la enseñanza: “Te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama” (v. 47).

Seamos más conscientes de la gracia infinita de la que cada uno somos el objeto. Él nos perdonó todos nuestros pecados (Colosenses 2:13). Que nuestro amor responda a un amor tan grande mediante una dedicación real y profunda a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). En ese apego al Señor creceremos en

su gracia y su conocimiento (2 Pedro 3:18).

Ph. Mailliefaud

— A los padres —

Equipados para luchar

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos” (2 Corintios 10:4-5).

Nos sorprendería mucho, e incluso nos escandalizaría, ver a un jefe militar describir a sus soldados el enemigo despiadado al que se van a enfrentar, y luego enviarlos al combate sin armas.

Padres cristianos, tengamos cuidado de no tener la misma actitud con nuestros hijos: aprendamos a **equiparlos para combatir**. Ciertamente, la Palabra nos dice: “El diablo... anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8), pero no basta con advertirles de los peligros que presenta el mundo. Y sobreprotegerlos prohibiéndoles todo contacto fuera de la familia de Dios, no es prepararlos para su vida futura. Además, no olvidemos que el Señor dijo a su Padre: “No ruego por el mundo, sino por los

que me diste... No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17:9, 15). La única protección verdaderamente eficaz será la que construyamos con nuestras oraciones continuas por ellos.

Nuestra responsabilidad es preparar a nuestros hijos para caminar en este mundo de una manera que honre al Señor. Para ello, es necesario que nosotros mismos llevemos una vida que demuestre a quién pertenecemos y a quién obedecemos.

Es importante que nuestros hijos comprendan desde temprana edad que nuestra guía es la **Palabra de Dios**. Leamos la Biblia con ellos y ayudémosles a comprenderla y a aplicarla a su vida cotidiana. Que desde pequeños acepten su autoridad y crean lo que dice. No temamos asegurarnos de ello. Cuando surja una pregunta, nuestra respuesta será: «Busquemos lo que Dios nos dice al respecto en su Palabra». Por supuesto, la Biblia no es un libro de recetas, pero siempre encontraremos una indicación sobre la respuesta que debemos dar.

“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6).

“¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Salmo 119:9).

Equipados para resistir

“Estoy seguro que (Cristo) es poderoso para guardar mi depósito” (2 Timoteo 1:12).

Otro recurso importante es la **oración**. Cuando vemos a nuestro hijo infeliz o perturbado, aunque no sepamos la razón, propongámosle pedir juntos la ayuda del Señor en oración. Y sigamos orando nosotros mismos por él, solicitando que mantenga el hábito de entregarlo todo al Señor en su vida. Recordemos que la mayor parte del tiempo dedicado a la educación de nuestros hijos se pasa en oración. Para este tema tan importante, el Señor nos invita a “orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1).

Animémosnos con la certeza que nos da el versículo de este capítulo referente a nuestros hijos.

Actualmente, una de las grandes preocupaciones de los padres cristianos es el lugar que ocupan los nuevos medios de comunicación en la vida de sus hijos. Es importante estar muy atentos, en particular adaptar el acceso a internet en función de sus edades y advertirles de los peligros de esta puerta abierta a todo. No se trata de demonizar lo que se encuentra en internet, sino de enseñar a nuestros hijos a ser sobrios y a saber rechazar lo que deshonra al Señor. Vivimos en el siglo 21, en el que no podemos prescindir de estos nuevos medios de comunicación en la vida cotidiana, por ejemplo, para todos los trámites administrativos. También son un vehículo formidable para intercambiar información fácilmente y mantenerse en contacto con muchas personas. Cabe

recordar además la gran ayuda que proporciona internet en la difusión del Evangelio y las enseñanzas bíblicas, tanto cerca como lejos.

Algunos padres establecen con sus hijos una guía de buen uso de los teléfonos móviles. Es algo positivo, pero también en este caso, ¿qué ejemplo les estamos dando a nuestros hijos? ¿Somos capaces de resistir nosotros mismos el atractivo de las pantallas de todo tipo? Una vez más, comencemos por dar el buen ejemplo, el de la sobriedad digital.

Lo que **equipará** a nuestros hijos **para resistir** es, ante todo, ayudarles a crecer en la fe y la obediencia al Señor; él actuará sobre su conciencia y les mostrará cómo huir de todo lo que no es bueno para un cristiano, joven o mayor.

Equipados para mantenerse firmes

“Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Isaías 54:10).

¿Qué hacer cuando vemos o sentimos un desvío? Comencemos por pedirle al Señor que nos dé palabras que puedan ser escuchadas. No temamos hablar con nuestros hijos sobre temas difíciles cuando nos damos cuenta de que es necesario para que estén bien **equipados** para “resistir... y habiendo acabado todo,

estar firmes” (Efesios 6:13). Más de una vez, un cristiano adulto ha dado las gracias a su padre o a su madre por haber tenido el valor de advertirle en una circunstancia concreta, aunque en ese momento se sintiera muy molesto.

¿Cómo regular el uso de todos estos medios modernos? He aquí algunos consejos entre muchos otros:

— Desde una edad temprana, limitar el tiempo que los niños pasan frente a las pantallas. Se pueden poner alarmas o incluso limitadores de tiempo. Procuremos que descubran las ventajas de otro tipo de actividades.

— Reducir el número de pantallas individuales en casa y no dejar que los niños naveguen solos por internet. Comprobar regularmente lo que han consultado y hablar con ellos al respecto. Si sus hijos sienten su presencia vigilante, eso ya será una protección.

— Antes que nada, hablemos con el Señor sobre este problema de la actualidad. No olvidemos que, aunque los tiempos cambian, los recursos divinos siguen siendo los mismos. Las grandes transformaciones de este mundo no deben asustarnos, porque el Señor mismo ha prometido: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35).

Confiemos fielmente nuestros hijos al Señor, que sabrá guardarlos

en un mundo que varía y se aleja cada vez más de él.

El Señor está cerca

— El sermón del monte —

(Viene del número 1-2026)

Los pacificadores

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9).

La paz viene de Dios

En los tiempos actuales, casi no hay un pensamiento que preocupe más a las personas que la paz en el mundo. Y, sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos que se hacen para conseguirla, constantemente oímos hablar de guerra, y muchos hombres viven en una continua ansiedad. Pues bien, la Biblia nos enseña que un día se establecerá una paz universal, quizá pronto. Esta paz no será el resultado de los esfuerzos humanos, sino que la traerá Dios mismo al comienzo del reinado milenario. El reino de Dios bajo el gobierno visible del Señor Jesús será un reino de paz (Isaías 9:6-7).

Aparte de la política de este mundo, la discordia también está presente entre los hombres, incluso entre los creyentes. ¡Qué difícil es para los humanos convivir en paz! Según el pensamiento de Dios, la paz debe caracterizar las relaciones entre los que forman parte de su reino. “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, **paz** y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres” (Romanos 14:17-18). Por tanto, la paz es una característica permanente del reino de Dios, tanto ahora como en el futuro.

Pero la paz no es solo la ausencia de guerras, luchas o divisiones, sino también un efecto de la presencia de Dios en la vida del hombre. Él es el Dios de paz, y su mensaje es el Evangelio de la paz (Romanos 15:33; Efesios 6:15). Esta paz proviene del Gólgota, donde el Señor Jesús hizo la paz mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:20). Así se convirtió en nuestra paz. Vino y anunció las Buenas Nuevas de paz a los que estaban lejos, y a los que estaban cerca (Efesios 2:14-17), para que los hombres pecadores y ansiosos pudieran recibir la paz **para con Dios** en su conciencia y la paz **de Dios** en sus corazones (Romanos 5:1; Filipenses 4:7).

Por tanto, esta paz personal es un don de la gracia de Dios para el que cree. También es la condición para la verdadera paz en la tierra. Pero la paz mutua, especialmente

entre los creyentes, depende esencialmente del estado de nuestros corazones y de nuestra conducta. Por eso se nos exhorta tan a menudo a **seguir** la paz (Romanos 14:19; 2 Timoteo 2:22; Hebreos 12:14; 1 Pedro 3:11). En el original griego, la misma palabra aparece en todos estos versículos, con el significado de «seguir, perseguir». Efesios 4:3 subraya aún más la necesidad de la solicitud en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Dios no habría registrado estas exhortaciones en su Palabra si no fueran necesarias. Cuando el Señor Jesús dijo a sus discípulos: “Tened paz los unos con los otros” (Marcos 9:50), se dirige a todos nosotros igualmente.

Los profetas del Antiguo Testamento ya hablaron mucho sobre la paz en la tierra. La palabra paz (en hebreo: «shalom») se refiere a la salvación completa de Dios en la tierra, tal como se realizará durante el reinado pacífico del Mesías. En la actualidad, esta salvación y esta paz aún no existen de forma universal, pero ya deberían ser perceptibles en la vida de los discípulos del Señor. Los creyentes pueden manifestar las características del reino de Cristo hoy (Romanos 14:17), al igual que el remanente judío creyente durante la tribulación venidera, antes del establecimiento del reino de Dios en poder y gloria sobre toda la creación.

Discordia

Lamentablemente, la paz no siempre reina entre los creyentes. En lugar de tener los pies calzados con “el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15), a veces van con un espíritu crítico, e incluso a veces bajo la apariencia de celo por la verdad divina y la santidad. Así, un error en un hermano se interpreta como un delito, y una expresión imprecisa como una falsa doctrina. Tales reproches, a medida que se acumulan, pueden representar una pesada carga para este hermano que no tiene consciencia de haber fallado, y llevarle a defenderse. Muy a menudo, no se trata de cuestiones doctrinales esenciales, sino de imperfecciones y debilidades humanas. ¿Quién, en tal caso, está en condiciones de restablecer la paz, cuando cada uno piensa que tiene razón?

La discordia puede surgir incluso en el servicio del Señor: el ejemplo de las hermanas Evodia y Síntique, de la iglesia en Filipos, nos lo muestra (Filipenses 4:2).

¡Qué bendición si hay entonces alguien que sea un verdadero «pacificador» que con sabiduría, paciencia, amor y comprensión por las debilidades humanas, esperando al Señor, pueda ayudar al acusado y disipar las dudas del acusador!

El “espíritu faccioso” (Filipenses 2:3, V.M.) entre los creyentes es también una grave fuente de discordia. La falta de aprecio entre los

hermanos, la frustración, la autoestima herida, etc., pueden llevar a alguien a alejarse, a reunir partidarios a su alrededor; ¡y se manifiesta la discordia! ¿Quién puede entonces reconciliar a las partes?

Los pacificadores

El versículo del título, habla no solo de los que buscan y siguen la paz, sino también de los que la hacen realidad. Hay muchas personas pacíficas y amantes de la paz, pero que son incapaces de traer la paz cuando hay discordia. Así, en estos casos, un hombre que es pacífico por naturaleza corre el peligro de ser infiel al Señor, si piensa que una disputa se soluciona en cuanto deja de discutirse. Pero esa forma de hacer las cosas no puede traer la verdadera paz.

Cuando se perturba la paz entre los creyentes o en una iglesia, la gracia de nuestro Señor debe actuar para calmar las pasiones humanas que a menudo se revelan en ese momento. Para reconciliar según el pensamiento de Dios caracteres, sentimientos, convicciones e intereses opuestos entre sí, son necesarias una gran abnegación y una constante dependencia del Señor.

Pero estos cuidados afectuosos nunca deben ejercerse a expensas de la santidad y la justicia divinas. El que desea ser pacificador necesita un juicio espiritual sano. Por tanto, primero debe examinarse a sí mismo a la

luz de Dios: ¿tiene ese limpio corazón del que habla la anterior bienaventuranza? Santiago escribe que la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica (3:17). Por lo tanto, para pacificar según Dios, la verdad debe estar unida a la gracia. Esto solo puede hacerse con oración, pidiendo a Dios claridad de propósitos, imparcialidad, sabiduría y amor. Solo entonces la misericordia y la verdad, la justicia y la paz se encontrarán (Salmo 85:10) en forma práctica en nuestras vidas. A menudo se necesita tiempo para que Dios trabaje en las conciencias y los corazones; la paz no se puede conseguir por la fuerza.

Hijos de Dios

Por lo tanto, a los pacificadores se les llama aquí bienaventurados. El título de “hijos de Dios” es su recompensa. Un poco más adelante, el Señor Jesús menciona el mismo título: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:44-45; Lucas 6:35).

En las Escrituras, “ser hijo de Dios” no tiene siempre el mismo significado. En el sermón del monte, donde los creyentes son considerados discípulos en el reino de Dios, el término hijo tiene un significado

práctico y moral. Un hijo se parece a su padre y actúa según su pensamiento. Encontramos otro significado de esta palabra con respecto a la posición del cristiano. En la familia y la casa de Dios, todo aquel que cree en el Señor Jesús es, por gracia, un hijo para siempre (Efesios 1:5; Romanos 8:14-15; Gálatas 4:5-6).

Pero aquí son llamados “hijos de Dios” los discípulos del Señor que siguen el ejemplo de Dios mismo. Así, al actuar según el pensamiento de Dios, nos asemejamos moralmente a él, es decir, manifestamos su carácter y lo representamos en este mundo. Hemos sido capacitados para ello por el nuevo nacimiento, y entramos en los pensamientos de Dios por el Espíritu Santo que nos fue dado. Dios es el gran pacificador, y como verdaderos discípulos del Señor, nosotros también podemos traer la paz.

Llegará el momento en que los pacificadores serán **llamados hijos de Dios**, es decir, reconocidos oficialmente como tales. Hoy en día, estos esfuerzos no suelen ser reconocidos. ¡Pero un día, nuestro Dios mismo los reconocerá!

«La política de paz»

Cabe señalar que el cristiano no debe abusar de este versículo para justificar la participación —incluso con buenas intenciones— en acciones políticas como iniciativas de paz o marchas pacíficas, por ejemplo,

para mantener o crear la paz en el mundo. Por supuesto, estamos en este mundo —¿por cuánto tiempo más?— pero ya no somos del mundo (Juan 17:11, 14, 16). El Señor Jesús puede venir en cualquier momento. Por lo tanto, nuestra responsabilidad hacia un mundo que rechaza a nuestro Señor y que así se enfrenta a su perdición, no es política, sino solo espiritual.

Esta responsabilidad consiste en:

1. Orar por todos los hombres, para que sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:1-4);
2. Ser personalmente un testimonio de nuestro amado Salvador ante todo hombre (1 Pedro 3:15);
3. En cuanto dependa de nosotros, estar en paz con todos los hombres (Romanos 12:18).

(Continuará)

Os rogamos en nombre de Cristo:
Reconciliaos con Dios.

2 Corintios 5:20

Nosotros le amamos a él, porque
él nos amó primero.

1 Juan 4:19

Todo lo que pidieréis en oración,
creyendo, lo recibiréis.

Mateo 21:22

Porque los montes se moverán,
y los collados temblarán, pero no
se apartará de ti mi misericordia, ni
el pacto de mi paz se quebrantará,
dijo Jehová, el que tiene misericor-
dia de ti.

Isaías 54:10

– Oferta especial –

Para los **40 años** de la revista Creced, ofrecemos según nuestras posibilidades **un libro gratuito** a los lectores que lo soliciten y que no dispongan todavía de aquel libro. Por favor, especifique el **año deseado**. Cada libro consta de dos años de la revista Creced. Oferta válida hasta el 30.6.2027.

— **Publicación de edificación cristiana Creced** —

• **Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones y ofrendas de creyentes.

Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, puede escribirnos por medio del sitio www.creced.ch, o a la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch o por WhatsApp al número: **+41 77 407 3244**.

Puede suscribirse a Creced en formato papel solo, y/o en formato electrónico (e-mail o WhatsApp). Por favor, especifique.

Dirección de correo postal: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

• **Volúmenes:** Están a la venta los **21 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2024-25. Cada uno consta de 336 páginas. Indique **claramente** los años que desea recibir.

— **Precio** (1 volumen) 10 \$ EE. UU. — 10 EUR — 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15% a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20% a partir de 10, y de 25% por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003), **así como el nuevo de los 20 años siguientes (2004-2023)**, a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

• **Medios de pago:**

— **PayPal:** Utilizar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced) (a copiar y pegar en su navegador).

Es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicando sus nombres y apellidos, la suma que manda, y la fecha del pago.

— **Otros medios de pago:** Por favor contactarnos.

• **Comité de redacción:**

J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.